

Escenas políticas

El inicio del martirologio

La nueva democracia española —todavía joven, todavía niña, todavía endeble— tiene ya su primer mártir espectacular. El presidente Suárez, protagonista de la transición e inicial modelador del ensayo democrático, acaba de abrazarse a la palma del martirio. O lo que es lo mismo: acaba de dimitir. Doy así la noticia que ya conocen todos ustedes porque en nuestras costumbres políticas la acción de dimitir —y mucho más si se trata de dimitir como presidente del Gobierno— significa algo así como penetrar en el martirologio. Es como depositar la propia cabeza sobre el ara de los sacrificios solemnes. En las democracias más avanzadas y talludas, la dimisión no pasa de ser un lance normal, sin demasiado patetismo, del juego político. El propio Suárez ha recordado, en su explicación televisada, que ha permanecido en la presidencia del Gobierno español más tiempo que cualquier otro presidente de nuestras etapas democráticas. Para bien o para mal, la política, en un sistema democrático, obliga a los políticos a estas idas y venidas, a este trasiego desde el escaño parlamentario a la poltrona ministerial, desde la poltrona ministerial al despacho de presidencia, desde el despacho de presidencia a la butaca de la biblioteca privada. Don Adolfo Suárez, presidente en la transición y presidente en la Constitución, ha dado el primer ejemplo.

Seguramente por eso, por ser un ejemplo primero con cierto carácter de martirio, el adiós de don Adolfo Suárez dede la televisión estuvo teñido de un reprimido dramatismo. El presidente dimitido quiso —y lo logró plenamente— rodear el anuncio de su decisión con un halo de sencilla, pero solemne dignidad. Pero hay que reconocer que también, en esta dimisión, concurren circunstancias extraordinarias y singulares. Por causas muy diversas y complejas, sobre las cuales hemos hablado mucho y tendremos que seguir hablando, los primeros frutos que hemos recibido de esta última empresa democrática de España no son frutos demasiado dulces ni demasiado sabrosos. Más bien abundan los frutos ásperos y agrios. La gravedad y permanencia de los problemas del país están clamando a gritos, desde hace ya algún tiempo, decisiones graves y actitudes excepcionales. La dimisión de don Adolfo Suárez, y las razones en que se basa, según su breve y elegantísima explicación, confirman el preocupante estado de delicadeza —por no decir de gravedad— que presenta nuestra política, enfermedad de debilidad, aquejada de anemia, de desconcierto, de parálisis y de otras dolencias. Si se produjeran nuevos síntomas de agravamiento, tal vez habría llegado la hora de que algunas gentes, ni exaltadas ni insensatas, empezaran a aconsejar que a grandes males, grandes remedios.

El estallido de las rencillas en el seno de UCD; las cada vez más frecuentes y descaradas alusiones a que cualquier solución tendría que pasar por la sustitución de Suárez; la explosión del partido en el Gobierno en las vísperas del Congreso nonato de Palma de Mallorca, con el riesgo gravísimo de dejarlo hecho añicos; la rebelión de unos, la impaciencia de otros y la torpeza e incapacidad de muchos; la oposición de los correligionarios mucho más que la de los naturales opositores políticos, han terminado por hacer de esta dimisión —ciertamente espectacular y desde luego conmovedora— un hecho, quizá anticipado en el deseo de algunos, pero inevitable. Suárez, creador en esta aventura española de posautoritarismo del encanto de la democracia, artífice de una reforma política casi sin

sangre y casi sin lágrimas, impulsor de la Constitución y presidente constitucional primero, vencedor en los primeros festivales y en la olimpiada inicial de las urnas, ha sido, ha debido ser también el primer mártir del nuevo juego político. La política, ya lo sabéis, adorna de servidumbres todas sus grandezas. Y el presidente Suárez ha bebido la cicuta de la dimisión como una última —última por ahora, porque es previsible que no termine con ello su vida política— prueba de que acepta plenamente las reglas de ese juego en el cual él ha sido la estrella de más intenso brillo.

No ya por elegancia, sino por justicia, ésta es la hora en que los españoles debemos recordar con mayor puntualidad y fuerza las obras y los trabajos, los esfuerzos y los aciertos de don Adolfo Suárez mucho antes y mucho más que sus errores. De aciertos y de errores está amasada la vida de los políticos. Y hay que reconocer que Suárez sembró el camino de la transición de un reguero de aciertos que ya parecen indiscutibles. A medida que avanzaba el tiempo de su mandato, el camino se hizo para él más fatigoso, y los aciertos se hicieron menos frecuentes. También hay que reconocer que fuimos muchos los españoles que íbamos pidiendo a la democracia —cada vez con mayor arrogancia o fiereza— un milagro imposible: el milagro de convivir en paz y de crecer en prosperidad haciendo cada cual todo aquello que nos viniera en gana, y negando a todos, desde los maestros a los guardias, desde los ministros a los jueces, la autoridad para poner límite a esa real gana famosa de cada español.

No cabe duda que Suárez ha presentado su dimisión como quien realiza un servicio a su país y quizá también a su partido. Un servicio que requiere tanta gallardía como responsabilidad. En su gesto pueden aprender todos los aspirantes a permanecer en esta clase política —en buena parte improvisada y bisoña— que intenta gobernar en democracia o que intenta desempeñar el necesario papel de la oposición al Gobierno. Y en ese mismo gesto pueden abreviar y aprender todos aquellos inclementes críticos que descargaban las culpas de todos, los pecados de algunos y los errores comunes de los políticos en el desmedido afán de Suárez por aferrarse al cargo o por atornillarse al sillón.

A los españoles nos sucede siempre lo mismo. Somos exigentes, rigurosos, a veces implacables, con quien nos gobierna o con quien nos admira o con quien nos adoctrina. Y cuando alguien entre nosotros renuncia al Poder o a la gloria, nos convertimos inmediatamente a la compasión y al sentimentalismo. Estoy seguro de que ayer la decisión de Suárez fue deplorada en muchos hogares españoles, seguramente más con el corazón que con la cabeza, aunque desde luego con la cabeza y con el corazón. A muchos nos estremeció la decisión del presidente, y a muchos les inquietó el porvenir algo más de lo que les inquietaba. Somos así.

Lo peor que podría pasarnos ahora es que los españoles pensarán, y, sobre todo, que los políticos pensarán que, dimitido Suárez, se acabaron nuestras penas y se resolvieron nuestros problemas. La dimisión de Suárez deja un gigantesco desafío. Quienes hayan deseado o contribuido a esa dimisión, y quienes aspiren a ocupar el sillón vacío en la Moncloa, ya saben los toros que hay en el ruedo. Tienen que lidiarlos bien. No quiero ser muy exigente: tienen que lidiarlos un poco mejor.—Jaime CAMPANY.